

Hacia una democracia de la desconfianza: Estado, sociedad civil y globalización

Este libro ilumina un tema medular: ¿cómo conviven la democracia y el capitalismo, hoy, en la época de la globalización? ¿Y cómo hacerlo en un contexto de desconfianza? Los ángulos de abordaje de los artículos que comprende abarcan desde la amplitud teórica a los estudios de caso. En los tres primeros capítulos se analizan temáticas generales; en los demás se resaltan principalmente situaciones concretas.

Esta división no es tajante y la profusión de ejemplos y análisis particulares la desdibuja aún más. Por ejemplo, Napoleão Miranda desarrolla el tema de la historia de los derechos humanos y los problemas conexos a su vigencia pero la ejemplifica con la realidad del Brasil; Diego Piñeiro hace un análisis de la coyuntura centrado en el Cono Sur enmarcada en la discusión sobre las posibilidades de acción política frente al capital globalizado, y Joachim Becker aporta un desarrollo histórico de las relaciones entre el Estado y el liberalismo económico en Europa occidental, pero también con ejemplos de nuestra región.

Otro ejemplo regional es la reivindicación del derecho a un ambiente apto para la vida en el Ecuador amazónico. Sin embargo, como analiza Guillaume Fontaine, esto no significa necesariamente que haya una acción consecuente y profunda de la sociedad civil, ni que sus objetivos estén muy claros. Por otro lado, Jorge Larraín compara las posibilidades de integración entre países que se dan en Europa y en América Latina y resalta la ambigüedad de Chile: ¿sigue un camino propio?

En base a sus vivencias y experiencias personales, Javier Ponce reflexiona sobre un fenómeno de estas últimas décadas pero con antiguas raíces: la cooperación internacional para el desarrollo. Cierra esta colección un muy reciente análisis de Walter D. Mignolo sobre el significado de que el pueblo boliviano haya elegido presidente al indígena Evo Morales: más que un giro a la izquierda es un giro descolonizador. Vayamos por partes.

“Liberalismo y democracia son vistos como las dos caras de una misma moneda”, nos dice Joachim Becker. Su artículo analiza cómo se han relacionado a lo largo de la historia tal teoría económica y social y tal forma de estructurar un gobierno. En la situación de Europa Occidental durante la Segunda Posguerra pareció que esta alianza había adquirido una forma definitiva y modélica –la democracia perfecta– pero como nada es eterno esa armonía se transformó en un “breve sueño”. Los posteriores cambios en las estrategias de acumulación capitalista cambiaron también las reglas de juego democrático: los espacios de decisión y participación se acotaron, los parlamentos perdieron importancia y los gobiernos regionales en construcción, como la Unión Europea,

se manejan mediante autoridades que la ciudadanía no eligió.

El análisis de coyuntura que nos ofrece Diego Piñeiro constata que estamos en un período de refundación de la relación entre Estado y sociedad civil. En nuestro entorno del Cono Sur, el ascenso de gobiernos progresistas de los últimos años significa una reconstitución del sistema político. A consecuencia de este ascenso se puede constatar un retroceso, y no un avance, de las organizaciones ciudadanas.

La hipótesis de Piñeiro es que los procesos de acción colectiva no sustituyeron a las acciones del sistema político establecido, sino que acabaron reforzándolo: contribuyeron a la renovación de cuadros en el peronismo, a la aparición de nuevos partidos en Bolivia, o a potenciar a los partidos de izquierda para la conquista del gobierno en Uruguay y Brasil. Ante la nueva realidad de gobiernos progresistas cabe cuestionarse si el sistema de partidos tiene capacidad para representar y canalizar las demandas sociales, dadas las limitaciones impuestas por la economía. En este momento, los movimientos sociales tienen que reposicionarse: aquellos que no logren “construir una identidad definida, tenderán a desaparecer.”

En esta relación entre Estado y sociedad civil bajo formas democráticas, un concepto central es el de los derechos humanos. El aporte de Napoleão Miranda comienza con la afirmación de que “los derechos humanos son un tema de la modernidad por excelencia”; es decir, un tema relativamente reciente en la historia humana. No olvidemos que los valores siempre están referidos a un tiempo y un espacio.

La historia de estos derechos es un conflictivo diálogo acerca de su contenido y significación. Nacidos

en la fragua del industrialismo y el desarrollo capitalista, su evolución ha estado desde entonces ligada en gran medida a los avatares de las contradicciones entre el capital y los asalariados. Un actor muy importante en la defensa de los derechos humanos es la sociedad civil, pero el Estado es garante de los mismos.

Opina el autor que los derechos humanos junto a la preservación ambiental y la lucha por la paz, son tal vez los tres únicos temas capaces de movilizar a la opinión pública en el mundo, pero las crecientes desigualdades sociales globalizadas “hacen prever obstáculos importantes” para el desarrollo futuro de los mismos.

En esa línea de trabajo, Guillaume Fontaine aporta un estudio sobre el caso específico de los derechos humanos expresados como conflictos entre la población local y las petroleras en la selva ecuatoriana. La historia de estas empresas es una historia de problemas ambientales y de protestas de los habitantes que defienden su derecho a vivir en condiciones adecuadas: es un problema de democracia. Fontaine escribe que los conflictos abarcan aspectos judiciales y de organización popular, y también aspectos del compromiso del Estado ecuatoriano con los derechos de los habitantes.

Del caso de Ecuador pasamos a un aspecto original de la realidad chilena, en un contexto de integración latinoamericana. Así como Becker y Piñeiro toman el tema de las reconstituciones supraestatales, como lo hace Jorge Larraín. Su artículo considera la situación en Chile –y proyecta algunos de sus rasgos al conjunto de países vecinos– en busca de contestar a la siguiente pregunta: ¿Qué elementos culturales e

identitarios en América Latina favorecen u obstaculizan la integración regional?

Los latinoamericanos nos consideramos un solo pueblo y esta súper identidad se evidencia y refuerza, por ejemplo, en la vida de las “colonias” en Europa o EE.UU. Sin embargo, los nacionalismos también son fuertes y se expresan no sólo en el fútbol sino en conflictos armados. Identidad y diversidad ¿entorpecen o favorecen la integración? El caso de Chile, donde ha comenzado a prepararse la celebración del bicentenario de la nación en 2010, plantea una interrogante: ¿existe en Chile una “voluntad” latinoamericanista? Han habido varios incidentes con los países limítrofes, y “la disyuntiva es aislarse y protegerse, o, por el contrario, abrirse e integrarse.”

Desde una perspectiva diferente, Walter D. Mignolo ofrece un análisis sobre Evo Morales en Bolivia. Mignolo sostiene que no podemos entender el real significado de la elección de Morales si aplicamos a este caso las usuales categorías de análisis político originadas en la Revolución Francesa: no alcanza con decir que este suceso fue un giro a la izquierda en la historia del continente, pues fue en realidad un giro des-colonial. El nuevo presidente boliviano, pese a los intentos de clasificarlo en determinados –ismos, es en realidad un representante de la resistencia de siglos que ha permitido a los indios mantener su memoria y su subjetividad fuera del alcance del dominio europeo. Este carácter único se les escapa a los analistas de izquierda y de derecha, pero está llamado a desempeñar un papel en el futuro, ya que en todas las sociedades y regiones se perciben las señales de un giro des-colonizador.

Javier Ponce ofrece una reflexión muy personal ante un fenómeno presente en todos nuestros países y que ha sido componente importante de la universalización del accionar de la sociedad civil, con incidencia en la temática de los derechos humanos: la solidaridad internacional mediante programas de cooperación o asistencia.

La cooperación internacional es en realidad un proceso más, originado como tantos otros en los antiguos poderes coloniales, y que nos ha marcado durante el último medio siglo. Refiriendo a la obra de Tzvetan Todorov sobre la conquista de América, dice Ponce que la relación conflictiva con el Otro “sigue estando en el corazón de la cooperación internacional”. Idealismo, modelos preestablecidos, ciertas “asignaturas obligatorias” y también el miedo a la invasión desde el Sur pautan la asistencia, pero todas las buenas intenciones chocan contra las barreras comerciales y la realidad globalizada.

Luego de la lectura de estos artículos surge la convicción de que la pregunta planteada al principio ha generado otras preguntas. ¿Es correcto colocar un signo de identidad entre liberalismo y democracia? ¿Y entre la acción de la sociedad civil y la democracia? ¿Cómo es la relación entre el Estado, el capital y los representantes políticos? ¿Y entre el Estado, los derechos humanos y la sociedad civil? ¿Es el Estado el principal garante de los derechos humanos y a la vez su principal violador? ¿Qué pasará con la democracia?

Georg Henrik von Wright, filósofo recientemente fallecido, presentó en varios ensayos una visión que puede ser un aporte más a este diálogo. Para von Wright, la democracia no tiene una definición abso-

luta, sino que es simplemente el nombre que damos a una “receta” para ordenar la convivencia. Esta receta –o fórmula– indica uno de los modos posibles de armonizar el derecho de cada individuo a la autodeterminación con las restricciones o condicionantes de la vida en una sociedad. En ningún lado está escrito que sea una solución definitiva.

Si bien en una sociedad democrática todos los miembros tienen el derecho de colaborar para alcanzar y mantener un orden común, orden que tendrá vigencia para todos ellos, pero no está claro qué formas adoptará la colaboración. Según estas difusas coordenadas, el modelo social que nombramos como “occidental” ha avanzado, en el sentido de generalizar democráticamente a todos los estratos sociales tal colaboración. La amplia aceptación de los derechos humanos –como señala Miranda– puede ser una señal de este avance, pero junto a lo positivo también han habido retrocesos muy importantes: guerras, agresiones, discriminación y exclusión económica son parte de la realidad cotidiana.

El avance institucional se expresa en términos concretos, materiales, en expresiones de uso del territorio y de los recursos pues en forma paralela se ha dado otro avance, el del industrialismo. Esto complica la situación. Recuerda von Wright en un pasaje de *El mito del progreso* que el crecimiento de la ciencia y la técnica ha influido rotundamente en lo que llamamos la vida social: en transportes y comunicaciones, producción y distribución de mercaderías, redes de acuerdos y tratados económicos y financieros, en la organización de la investigación y la educación. Para “gobernar” la suma de esas influencias no hay leyes ni decretos con validez universal; esa suma se basa en

iniciativas aisladas y se expresa como un sistema multiramificado, apenas congruente y por ello difícil de identificar. Von Wright lo llama el *tecnosistema*.

Puesto que el accionar del tecnosistema influye en la vida diaria, influye también en las formas de la democracia. La democracia se construye sobre la voluntad de la mayoría y tiene vigencia en primera instancia en los territorios de Estados nacionales; en cambio, el tecnosistema tiende a ser global, mundial, transnacional. Si el sistema político rige una democracia, ¿qué es lo que rige al tecnosistema? Lo rige un conjunto difuso e inabarcable de técnicos y expertos de todo tipo, una *tecnocracia* que no responde más que a sí misma.

Ambos sistemas se necesitan y se apoyan mutuamente, pero mantienen una relación tensa. Un ejemplo de estas tensiones es la posibilidad de leer en dos claves un fenómeno en proceso: la formación de bloques supranacionales que varios autores de este libro discuten. Estos bloques serían el resultado de la tendencia de un sistema político que se transforma a sí mismo y conforma unidades con estados anteriormente soberanos; sin embargo, las uniones también pueden explicarse como que el sistema político está siendo absorbido por el tecnosistema, cuyo carácter universalista le permite prescindir de los Estados nacionales.

La causa de la absorción es que, en las realidades creadas por la acción del tecnosistema, gobiernos y parlamentos no han tenido arte ni parte o lo han tenido en una medida muy escasa, pero se ven enfrentados a regular una vida social originada por esas acciones generadoras. Las consecuencias y exigencias impuestas por el tecnosistema condicionan la toma

de las decisiones políticas a tal grado que hay situaciones donde la “agenda” la establece directamente la tecnocracia, como en el caso de los organismos genéticamente modificados.

El sistema político queda así en una situación comprometida: por un lado está el pueblo elector del cual los políticos obtuvieron su mandato, y por otro las fuerzas del tecnosistema que los gobiernos nacionales no pueden dirigir. Ante los requerimientos del tecnosistema van quedando a un lado las promesas electorales, los planes y los objetivos, y esto genera un quiebre de la confianza entre electores y dirigentes. Un síntoma claro es la desconfianza generalizada hacia “los políticos”, especialmente alta en América Latina.

Pero hay otro problema más serio aún: los electores van perdiendo el sentimiento de que pueden decidir mediante el voto la composición del aparato democrático del Estado, y por lo tanto incidir sobre el futuro de la sociedad. Si los electores piensan que “todo da igual”, “todo es lo mismo”, “no se puede hacer nada”, vacían de contenido su condición ciudadana. Surge la desconfianza. La conclusión de von Wright es que el individuo entonces se transforma, en un autoreflejarse narcisista, en reconcentrada persona privada; en otras palabras, se reduce a la condición de consumidor.

El sistema político, ante la acusación de inoperancia y falta de respeto a la representación democrática, intenta a veces defenderse alegando que las decisiones a tomar son demasiado complicadas y sus consecuencias difíciles de apreciar como para que cada ciudadano alcance una opinión fundamentada; en resumen se sostiene que la gente no comprende lo que es

mejor para ellos mismos, y este argumento empeora la desconfianza.

Cabe también el derecho a preguntarse –plantea von Wright– si no será que los políticos, inconscientemente, renuncian a su propia libertad de acción y experimentan la atracción del tecnosistema pues éste les da una seguridad más sólida para el ejercicio de su poder que la dependencia del gusto o disgusto del cuerpo electoral. Recordemos que para muchos el ideal es un gobierno de expertos o técnicos y claro está que las dictaduras militares también son un gobierno de expertos, en este caso en “orden”, sea cual fuere el significado de este concepto.

Los mismos métodos y procedimientos de la globalización dependen del tecnosistema y no del sistema político: la reacción más habitual entre los políticos ante cada nuevo embate globalizador parece ser la perplejidad, como si se tratara de un fenómeno telúrico. ¿Por qué entonces el tecnosistema no integra de una buena vez al sistema político? La razón es que el tecnosistema necesita de la democracia como una fachada para su accionar, señala von Wright. Mientras se pueda mantener la ficción de que existe una división armónica de poder entre los dos sistemas, el sistema político funciona como amortiguador de lo que sería una contradicción abierta y generalizada entre la minoría tecnocrática y la inmensa mayoría.

Hay desarrollos en curso que, sin llevar a la desaparición del sistema político, permiten al tecnosistema cobrar mayor protagonismo. Un ejemplo es el surgimiento de un gobierno mundial de “expertos” que actúa en las organizaciones internacionales y está muy lejos de adoptar formas democráticas. En el caso del agua potable, por ejemplo, el Banco Mundial (exper-

tos) impulsa la privatización del agua y el saneamiento; en esta política recibe el apoyo de comisiones y comités internacionales (expertos) y de empresas (expertos); a su vez, esas comisiones y comités se forman con académicos (expertos) provenientes de universidades donde el pensamiento empresarial predomina, así como de gobiernos en la misma línea.

La ONU está integrando desde hace ya unos años a organizaciones de la sociedad civil entendida ésta en un sentido laxo, lo que abrió paso a las grandes organizaciones pero también a una fuerte representación empresarial. Para seguir con el ejemplo del agua, el Consejo Mundial del Agua es una estructura creada por el Banco Mundial. Bajo la bandera de la ONU genera informes y organiza espacios de participación como el Global Water Partnership o Asociación Mundial del Agua. Tal asociación reúne “autoridades gubernamentales, instituciones públicas, compañías privadas, organizaciones profesionales, instituciones multilaterales para el desarrollo” y otras instancias relacionadas con la administración de los recursos hídricos, como explican en su página electrónica: el Banco Mundial coloca expertos en un Consejo, que a su vez genera otros cuerpos para incluir más expertos, y la ONU les garantiza un estatus especial.

Es obvio que estos organismos no son electivos sino creados en base a “afinidades”, pero impulsan acuerdos y tratados que luego comprometerán a los gobiernos firmantes y tienen, por la vía de los medios de comunicación masiva, profunda incidencia en la opinión pública. El ejemplo del agua se repite para el caso de políticas de desarrollo sustentable donde las transnacionales de la minería y la forestación se presentan como los campeones del cuidado ambiental.

En cada nivel de estas estructuras se potencia el pensamiento empresarial - tecnocrático.

Otro ejemplo de la absorción por parte del tecnosistema de resortes y mecanismos del sistema político es la estrategia de separar a los bancos centrales de la influencia de los órganos electivos, que Becker menciona en su artículo. Esto se ha concretado en la Unión Europea y hay fuertes presiones para que suceda en nuestro continente. En resumen se trata de que el banco responda a sus propios objetivos, que son mantener baja la inflación con independencia de las voluntades de los actores políticos y económicos, es decir, que el banco central sea un gobierno financiero a cargo de técnicos. En la práctica, las decisiones del banco central independiente apuntan a “no inquietar al Mercado”, es decir, siguen lo que indican como deseable o positivo un puñado de grandes inversores y analistas económicos -técnicos-, pues de otro modo “el Mercado se enoja”. Al renunciar al control sobre esta autoridad del Estado, la democracia cede más campo de acción al tecnosistema, el liberalismo logra “liberar” a las finanzas de posibles influencias sociales “nocivas” y las ingresa al dominio de la pseudo neutralidad “científica”.

No está escrito en ningún lado que la democracia tal como la conocemos sea la forma de gobierno definitivo. Es tentador especular sobre dos posibles desarrollos futuros. Un camino posible es que continúe su vaciamiento y el traspaso del poder de decisión al tecnosistema, manteniendo una cáscara de representatividad cada vez más delgada y formal hasta dar cuerpo en su lento ocaso a alguna de aquellas distopías de “mundos felices” que han propuesto algunos escritores.

Las fuerzas vertiginosas de la globalización parecen impulsar ese desarrollo, que adquiere características muy especiales en el actual momento político del Cono Sur: ¿cuál será el papel político de los nuevos gobiernos de izquierda ante la creciente presión globalizadora? ¿Establecerán una alianza con organizaciones de la sociedad civil para dotar de nuevo contenido al sistema político, o las dejarán de lado para “no inquietar al Mercado”? ¿Surgirán en este caso formas de democracia directa, de lo que tantas iniciativas actuales de la sociedad civil son ya una muestra?

Hay otro camino, indefinido aún, cuyo trazado dependerá de la sociedad civil, tan caótica y de múltiples cabezas como el mismo tecnosistema, pero carente de su homogeneización ideológica. Tal vez la noción de “multitud” sea una imagen descriptiva de los movimientos sociales contemporáneos, ya instalada -sin ánimo de entrar en polémicas sobre el significado del término- en la arena del debate.

Expresión visible de las posibilidades de esta multitud son los Foros Sociales Mundiales, cuyo objetivo es generar relaciones donde la solidaridad y no la ganancia sea el motor de los cambios. Los Foros muestran entonces un signo contrario al tecnosistema liberal. Ninguna de estas fuerzas globales ha hallado aún una expresión política estructurada, aunque tal vez tampoco la procuren: el tecnosistema utiliza las formas liberales de la sociedad política; la “multitud” está en el hervor creativo de nuevas formas de organización. Tal vez haya mucho que aprender en el contexto global, del impulso des-colonial que comenta el artículo de Mignolo. Es una perspectiva renovadora.

Un planteo de transformación no puede repetir caminos conocidos, pues llegaría a resultados también ya conocidos. ¿Se abrirá un espacio para una democracia de nuevo tipo, basada en las expresiones actuales de una sociedad civil global? Su fortalecimiento es una apuesta difícil, pero esperanzadora, a un renovado concepto de ciudadanía, también global.

José da Cruz